

La Guardia Negra

Primera parte

Benly observaba al magistrado Ricard poniendo atención hasta en el más mínimo detalle. Su elevado nivel de expresividad a pesar de sus comedidos ademanes de noble revelaban que sus halagos eran sinceros.

— ... el único hombre que ha llegado a magistrado siendo un plebeyo. Permittedme que insista en mi admiración por vuestro trabajo.

Benly se limitó a sonreír y asentir.

Los dos magistrados de Olmas cabalgaban a la cabeza de sendas comitivas que habrían de separarse en el cruce de Dicha, villa a la que se dirigían Ricard y sus asistentes, tras lo cual Benly y los suyos continuarían en solitario para llegar algunas jornadas más tarde a su destino: Puerta Cristal.

Cada expedición se componía de varios miembros de la guardia negra en ambos casos. Además con Ricard viajaban Shante, la esposa de éste; Luc, un escriba real y ocho habitantes de Dicha, prisioneros de guerra que el Rey Bêlzor había liberado como gesto de buena voluntad. En el caso de Benly, además de la consabida guardia negra, viajaban Timmuel, el alquimista real; la Baronesa Sarina, destinada a nombrarse nueva baronesa del Valle de Mèrilon y el Señor Alejo de Leal, un héroe de guerra rhoesiano liberado también por el Rey Bêlzor en calidad de asistente diplomático. Todo esto acompañado de cuatro carretas con cubierta, llenas de víveres y equipo, que además servían de buen cobijo para las lluviosas noches de primavera.

— ... Oh Benly, no seáis vergonzoso, sé que estuvisteis ahí cuando ese degenerado de Manrique respiró por última vez. No se habla de otra cosa en las fiestas de la nobleza olmanense. Contadme cómo fue.

— ¿De veras queréis saberlo? Os aseguro que no tuvo nada de heroico. Debo insistiros en que lo dejéis pasar.

El gesto de Ricard se endureció y su espalda se irguió hacia atrás. Benly reconocía perfectamente la situación, ningún noble aceptaba un no por respuesta.

— Debo recordaros lo inoportuno que puede llegar a ser contravenir las su-

gerencias de un Conde, familia de olmanenses viejos y Grande de Olmas. No sería un buen amigo si no lo hiciera.— Venly forzó aquella media sonrisa que tantas veces le había sido necesaria siendo un plebeyo que se mueve entre nobles. El gesto de Ricard se relajó en el acto. —Así me gusta, Venly. Ahora, contadme cómo murió ese cerdo.

— Como sabéis, aquella reunión se había dado para lograr un acuerdo de paz entre ambos reinos y los hombres de las montañas. En la sala se encontraban ambos monarcas con sus respectivas guardias personales, el Caudillo John y los guardias de palacio de Miritrias. Estos últimos ya habían sido debidamente sobornados para no actuar, el resto íbamos supuestamente desarmados pero todo el mundo éramos conscientes de que cada manga o bota ocultaba un puñal.

— Debíais tener los nervios a flor de piel

— Y que lo diga, señor conde. Todo se precipitó con la velocidad del rayo. Cuando Bélzor y Manrique se acercaron para darse la mano el tiempo pareció congelarse por un segundo. Allí estaban frente a frente: Bélzor, pequeño y enjuto frente a Manrique, el gigante. Uno miraba hacia arriba y el otro hacia abajo, con las miradas encontradas y las manos estrechadas. Entonces, como del rayo, la mano izquierda de Bélzor cruzó el cuello de Manrique. Las cuchillas ocultas hicieron el resto. Aquel cuello grueso y barbado estalló en sangre bañando a Bélzor y las mangas y botas de los asistentes revelaron sus contenidos.

— Ahora entiendo por qué Bélzor siempre dice "Maté al oso de un zarpa-zo". Supongo que la refriega debió ser caótica y sangrienta. Contadme cómo salvasteis a Bélzor. Él mismo ha dicho que os debe la vida.

— Debo admitir que a punto estuvimos de no contarlo. Los hombres de Rhoeas resultaron ser sorprendentemente eficaces en las distancias cortas. El Duque Antonius el Viejo, señor del Bosque de la Luna, consiguió arrebatarse la espada a uno de los guardias de Miritrias. Estos intentaron pararlo pero él sólo dio cuenta de los cuatro. Al partir de esto se abrió paso por la sala desbrozando a tres de nuestros guardias como si fueran briznas de hierba. Nuestro Conde Lambertt y yo nos hicimos con las espadas de dos de los guardias muertos y salimos a su paso justo cuando este estaba encima de Bélzor. Al pesar de que pudimos darle muerte, aún en su último golpe dió con las tripas de Lambertt en el suelo.

Todavía recuerdo su mirada de incredulidad mientras intentaba recoger todo aquel mondonguillo y reintroducirse.

— ¡Por Dios, Venly! Qué imagen más atroz habéis puesto en mis ojos. No sabía que fue aquel maldito carcamal quien había dado muerte a Lambertt.— Levantó la vista y masculló una plegaria, luego volvió sus ojos hacia Venly. —Estaréis orgulloso de haber salvado a nuestro amado rey.

— Sí... de ambas.

— ¿Cómo? Explicadme eso. ¿Aún le salvasteis la vida una segunda vez?

— Efectivamente. Tras esta carnicería, el resto de ambos séquitos irrumpió en la sala de audiencias. La lucha se extendió por los pasillos y habitaciones y nadie cuya apariencia pudiera dar lugar a dudas se libraba de tener a los de uno u otro bando intentando asesinarlo...

— Sí, he oído que tuvimos que indemnizar a Miritrias por un buen puñado de personal de palacio.

— Yo no me alejé mucho de la sala de audiencias y al volver a ella para buscar a Bélzor encontré un cuadro de pesadilla. El Rey Manrique se alzaba como un gigante ensangrentado sobre Bélzor. Lo tenía agarrado por el cuello con aquellas enormes manos levantándolo dos palmos del suelo. Bélzor intentaba llegar con las garras de sus guantes pero sólo alcanzaba a hacerle algún arañazo. Tras el shock inicial, simplemente me acerqué a Manrique por la espalda y hundi la espada en su corazón.

— Entonces...— Los ojos de Ricard estaban abiertos de par en par. —¡Vos matasteis a Manrique!— Un murmullo se extendió por el resto de la comitiva.

— Por favor Conde, discreción.

— Perdone Venly, pero la sorpresa, como entenderéis, ha sido mayúscula. Ambos cabalgaron durante un buen rato sin mirarse, Ricard tratando de imaginar aquellas escenas y Venly de olvidarlas. Al cabo de un rato el magistrado Ricard carraspeó y se giró hacia su contertulio

— Venly... Siempre habéis dicho que ese anillo que portáis es el regalo que os hizo Bélzor por salvarle la vida. ¿Fue en realidad un regalo por matar a Manrique?

La media sonrisa de Venly volvió a sus labios, pero esta vez no era forzada.

Alpartió su melena hacia un lado y levantó la barbilla a la vez que su mano izquierda tiraba hacia abajo del cuello de su jubón. Cuatro horribles cicatrices cruzaban su pecho desde la base del cuello hasta su corazón.

— No, señor Conde. Este es el regalo que obtuve por matar a Manrique.

